

Indice.

7 – Discurso inaugural pronunciado por D. José Puente en la Universidad de Zaragoza en 1862 = Zaragoza = 1862.

8 – Discursos leidos en la Universidad de Salamanca, en la recepcion del catedrático D. Manuel de Prieto, en 1862. = Contestacion de D. Ramon Nieto. = Madrid – 1862.

9 – Discursos leidos en la R. A. de Nobles Artes de S. Fernando, en la recepcion de D. Domingo Martinez, en 1859. Contestacion de D. Joaquin Francisco Pacheco. = Madrid – 1859.

10 – Recuerdos históricos de la corporacion de los Hospitales generales de Madrid por D. Felix Garcia Caballero = Madrid – 1865.

1.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE EL

CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD
DE BARCELONA

EN EL ACTO SOLEMNE DE LA

RECEPCION DEL CATEDRÁTICO

DE

ELEMENTOS DE ECONOMÍA POLÍTICA Y ESTADÍSTICA

D.R D. NARCISO GUILLEN,

el dia 23 de abril de 1864.





BARCELONA.
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE TOMÁS GORCHS,
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Y DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA É INSTITUTO DE 2.ª ENSEÑANZA DE BARCELONA.

1864.



ARMONÍA

ENTRE

EL PRINCIPIO MORAL

Y EL ECONÓMICO.

DISCURSO

LEIDO POR EL

D.R D. NARCISO GUILLEN,

Catedrático de

ELEMENTOS DE ECONOMÍA POLÍTICA Y ESTADÍSTICA.

Ilmo. Señor:

«El espíritu humano, procurando conocerse á sí mismo, calculando sus fuerzas, ensayando un método y aplicándolo con la conciencia de su procedimiento á la indagacion de la verdad, hé aquí la filosofía: sin ella no hay ciencia posible en ningun ramo del saber.»

Rossi.

Al ver reunidos para recibirme en su seno á tantos y tan eminentes varones que han conservado las glorias de esta Universidad aumentándolas con las suyas propias, siento mi ánimo profundamente conmovido por distintas y encontradas emociones. De una parte, es grande sobre manera mi satisfaccion al poder llamarme vuestro compañero; pero al considerar lo escaso de mis dotes y los superiores deberes que me impone un puesto, que necesariamente ha de ser de honor á vuestro lado, un sentimiento de temor se apodera de mi alma, y hasta la palabra parece como que sale defectuosa de mis labios; y esta dificultad aumenta cuando considero, que to-

davía resuenan en vuestros oidos las frases elocuentes de los distinguidos oradores que me han precedido, cuyos discursos son obras maestras por la profundidad del pensamiento y por la belleza de la forma. Agrégase á esto, para justificar mis temores, que vengo á reemplazar en la cátedra de Economía política á un maestro de privilegiadas facultades, á D. Ramon Anglasell, no ha mucho tiempo arrebatado á la vida en la madurez del talento, y cuya bondad de carácter le habia conquistado universales simpatías. Conservemos religiosamente su memoria, y dirijamos al que ha consagrado su vida entera al trabajo intelectual, el testimonio público de nuestra unánime pena.

Ya veis cuán desventajosa es por todos conceptos mi situacion. No negueis vuestra indulgencia á quien solamente puede ofreceros el resultado penoso de una buena voluntad, y que os facilita esta ocasion de admirar una vez mas la elevacion de ideas del dignísimo profesor encargado de contestarme.

Me propongo ocupar vuestra atencion con algunas consideraciones acerca de la armonía que existe entre los principios económicos y los fundamentos de la moral, y por consiguiente la conexion en que se desarrollan el estado moral y el económico de los pueblos.

Supuesto que la economía política es ante todo una ciencia moral, hoy mas que nunca se hace indispensable marcar su verdadero espíritu de vivir hermanada con la ciencia del bien, ya que las circunstancias de los tiempos exigen imperiosamente relacionar el fin particular de cada ciencia con el fin general del hombre y de la sociedad.

En la época agitada en que vivimos, época de transformacion, en que las tendencias mas opuestas se disputan á porfía la direccion suprema, que ha de conducir á la humanidad al cumplimiento de sus destinos, solo hay una transaccion aceptable para los que profesan convicciones sinceras, á quienes ni una culpable indiferencia ni el escepticismo que todo lo corrompe, han podido borrar de sus almas la santa creencia en el órden divino del mundo. No hay otra salida, en medio de la confusion que nos rodea, que aceptar por base de toda doctrina que ha de influir en la vida individual y social, la idea del deber, la ley moral, fuente del verdadero derecho y de las ideas de honor y de virtud. Estudiemos las diversas ciencias sociales en relacion con la madre comun de todas, con la primera de las ciencias, porque lo es de la vida, la moral; y de esta manera, con claro conocimiento de la naturaleza humana, de su libertad y responsabilidad, y con un fin que realizar, hallaremos el sentido superior de toda indagacion científica que acerca al hombre á Dios, y podremos deducir que el destino humano es ante todo y para todos asunto de conciencia: que si el primer deber del individuo es respetarse á sí mismo y realizar el bien, el primer deber de la sociedad es respetar esa misma dignidad humana para que pueda cumplir con la ley de perfectibilidad que le ha sido impuesta, ya que no es dado á poder humano torcer el plan de la Providencia. Así á la vez, conociendo nuestra naturaleza espiritual y corporal, evitaremos caer en el abismo de las escuelas exclusivas, que ora rebajan al hombre conduciéndolo á un materialismo grosero, ora lo exaltan á un misticismo exagerado que lo hace asemejarse á los se-

res destituidos de razon, segun la enérgica frase de Pascal.

Cultivada la ciencia económica en sus relaciones con la moral, sin menoscabo de su propio carácter, que indaga lo que es útil en general, sabe dar á esta idea su merecida importancia en justa proporcion con las demás condiciones del desenvolvimiento humano, distinguiendo cuidadosamente el fin económico del moral, para no olvidar que el primero es solo un medio de completar el segundo.

Consíguese asimismo dar á la economía política el carácter espiritualista que le es propio, y en vez de elucubraciones mas ó menos abstractas sobre la idea de riqueza con que suelen erizar algunos escritores sus principios, el economista filósofo halla desde luego en el umbral de la ciencia, al hombre, como sujeto y objeto de la misma (1), que aun antes de hacer uso de sus fuerzas físicas para adquirir los medios con que satisfacer á sus necesidades, se ve obligado á poner en actividad sus facultades intelectuales y morales que son las que han de dar tono á las primeras: necesita cultivar su razon dotándola de la instruccion conveniente para que la voluntad adquiera la energía que solamente le puede prestar la idea, el conocimiento exacto entre el medio y el fin propuesto: necesita cultivar sus facultades afectivas, amar y creer; que la pasion cuando es gobernada por la razon es la palanca que mueve la inteligencia, como la fe razonada de que nos habla Leibnitz convierte en virtud nuestra tendencia al bien.

(1) Como productor y consumidor, y por consiguiente tomando muy en cuenta el precepto de Droz, de que los productos son para el hombre y nó el hombre para los productos.

En vano buscaríamos una industria floreciente ni progreso alguno intelectual donde el sentimiento yace embotado y falto de toda vida; que la cabeza no piensa ni el brazo puede moverse donde el corazon ha dejado de latir.

El órden económico aparece pues á nuestra consideracion moviéndose dentro de una esfera puramente moral: porque ante todo las condiciones que exige son principalmente morales, y una vez obtenido el resultado del trabajo, podemos y debemos convertirlo en un medio de perfeccionamiento.

El *trabajo* del hombre en la infinita variedad de sus manifestaciones, hé aquí el dominio de la Economía política (1). Pero el trabajo no es otra cosa sino la accion del espíritu sobre sí mismo y sobre la materia (2). Y en esto consiste precisamente su dignidad y el carácter complejo de los estudios económicos; pues desde el momento en que el hombre es el principal objeto de nuestras investigaciones, en que la *satisfaccion material* no es el fin último y sí la *satisfaccion moral*, las cuestiones cambian de aspecto. La riqueza aparece en-

---

(1) Coquelin, *Dictionnaire de l'Economie politique.*

(2) Mr. Cousin hablando de Adam Smith dice:

« ¿Qué es el trabajo, sino el desenvolvimíento del poder productivo del hombre, el ejercicio de la fuerza que lo constituye?.... Pero este poder productivo, esta fuerza que constituye al hombre es el espíritu. El espíritu, hé aquí el principio de Smith, hé aquí de donde nace el poder del trabajo: hé aquí el capital que contiene y produce todos los demás, el fondo permanente, la fuente primitiva é inagotable de todo valor, de toda riqueza. Todas las fuerzas de la naturaleza, como todas las fuerzas físicas del hombre, no son mas que instrumentos de esta fuerza eminente que domina y emplea todas las demás. »

Histoire de la Philosophie morale au dix-huitième siècle, 1.re *série*, T. IV.

tonces como una de las condiciones de la civilizacion, pero otros intereses que los materiales ocupan el primer lugar, y aun al querer mejorar materialmente las condiciones de la vida, preciso será no desconocer que el medio mas fecundo de aumentar estos bienes, consiste en aumentar los intelectuales, pues que es la idea la que produce y la que gobierna el mundo.

El objeto producido nos manifestará bien luego las cualidades morales del productor: será mas ó menos perfecto, mas útil ó menos bello, segun sea el grado de su inteligencia, segun estén grabadas en su alma las ideas de lo justo, de lo bueno y de lo bello. La energía del alma, la aptitud profesional, la pureza de sentimientos, constituyen los manantiales vivos de toda produccion: la riqueza crece ó mengua si existen ó nó en el espíritu estas nobles cualidades.

Los hechos confirman el principio de que es tanto mayor la prosperidad de un pueblo ó de una época, cuanto en mas alto grado está generalizada la instruccion y la moralidad, y se halla mas arraigada en el corazon la idea cristiana del libre albedrío, que hace propias nuestras faltas y tambien nuestras virtudes. No de otra manera se explica la gran superioridad de nuestra época sobre las que nos han precedido, como se explica la inmensa distancia que separa las naciones cristianas de aquellas en donde no ha brillado la luz del Evangelio.

El hombre moderno tiene formada de sí una idea mas elevada de su naturaleza y de sus destinos, y mas propia para enaltecer su carácter que tuvieron los de la antigüedad. Sabe el profundo respeto que merece su persona, y se respeta y quiere que se la respete; de modo que bajo este concepto bien

pudiéramos afirmar, sin caer en exageracion, que Pompeyo y el mismo César fueron inferiores á la generalidad de nuestros industriales: aquellos pudieron brillar por el amor á la gloria, pero de seguro que no tenian conciencia del respeto que el hombre se debe á sí mismo y debe á los demás á título de persona, de agente moral. Y no es que yo quiera rebajar por esto el mérito y el respeto que merece la sabia antigüedad: ella ha sido nuestra maestra, si nó en todo, como algunos pretenden, en gran parte de nuestros conocimientos. Acaso Homero y Virgilio no han tenido iguales en la poesía, ni quizás ha habido filósofo de pensamiento mas elevado que Platon, ni genio mas universal que Aristóteles, ni heroismo mas sublime que el de Sócrates. Pero estas eminencias formaban la excepcion, y las costumbres de aquella época resaltan por la brutalidad y el sensualismo que engendraron á la vez el paganismo, el carácter guerrero de los tiempos y la esclavitud: costumbres groseras que tenian corrompidas las relaciones de familia, y que contrastan desventajosamente con las nuestras á pesar de sus defectos.

La atencion esmerada que presta hoy el hombre á todos sus actos, aun á los que al parecer son insignificantes: la idea de que nada es indiferente, ¡qué cambio tan radical en el mundo! el sentimiento de la personalidad y de la responsabilidad encarnado en las masas, es de una importancia incalculable, aun bajo el único aspecto del trabajo y de su resultado material. El hombre no puede ser la propiedad de otro hombre ni la del Estado, porque es hombre, y no hay derecho contra el derecho.

Permitidme, Ilmo. señor, que haga observar la distancia

que estos sentimientos establecen entre los hombres, comparando la civilizacion de algunos pueblos del Asia, la de la India por ejemplo, con nuestra civilizacion occidental. Para el indio el hombre no es mas que un accidente fugitivo de la sustancia universal: un panteismo absorbente lo tiene abrumado: su fe está reducida á la nada de las obras: ¿y cuál es su industria, es decir, la explotacion en grande de la naturaleza, poniendo á contribucion las fuerzas mecánicas y los conocimientos de las ciencias naturales? Una industria precaria y una riqueza insuficiente es todo lo que puede ofrecer al lado del gran desarrollo económico, del inmenso desenvolvimiento de fuerzas morales y materiales que presenta la Europa. Y hé aquí como todo se relaciona en la vida del hombre: una idea religiosa ó filosófica, pero principalmente religiosa, porque la religion ejerce una influencia mas universal que la filosofía; una idea comprensiva de la naturaleza y fin del hombre que pudiera parecer que no tiene mas que consecuencias espirituales, las tiene inmensas en el órden temporal y por consiguiente en el económico. Y la explicacion es natural, porque así como en el mundo físico son los imponderables los que rigen á los ponderables, así en el mundo moral es el alma la que manda al cuerpo, y la industria, como todas las manifestaciones de la actividad, se determina segun las ideas y sentimientos que constituyen el fondo de nuestra naturaleza. Por eso Turgot no duda en atribuir los progresos que ha realizado la humanidad á la transformacion, aunque lenta, positiva, que una nueva religion verificó en la antigua sociedad.

No hay duda que las ideas de responsabilidad y sociabili-

dad que son el distintivo de la civilizacion cristiana ejercen sobre nuestros destinos una influencia decisiva. La igualdad moral del género humano está encarnada en nuestra sociedad, y no hay escuela que hoy sostenga la distincion de dos clases de naturaleza, siendo el lema comun de todas, la fraternidad universal. Igualdad muy diferente del nivel comunista, supuesto que solo aspira á que haya igual justicia para todos. Igualdad que el espíritu moderno ha podido aprender en el modelo que la Iglesia le presenta de una sociedad fundada sobre la idea del mérito, en la que solo la ciencia y la virtud elevan á el episcopado y á la misma sede pontificia, cualquiera que sea la casualidad del nacimiento.

Seguramente que otras causas concurren á la marcha de la civilizacion, como el clima, la raza, la situacion geográfica, etc., pero no es menos cierto que la conviccion general de un pueblo sobre el destino humano determina su estado económico, la cantidad y la equitativa distribucion de la riqueza: verdad que demuestran á la vez los hechos y el razonamiento, y que nos autoriza á afirmar que cuanto mas resueltamente las ideas que dominan en un pueblo niegan la libertad moral y la importancia de la iniciativa del individuo, tanto menor es su desarrollo industrial. Así los sectarios de Brahma y de Buda ocupan el último término de la escala; los mahometanos ocupan un lugar mas elevado, y entre las naciones cristianas figuran en primer lugar aquellas que libres de la influencia enervante del absolutismo mantienen enérgicamente los derechos de la persona, de la conciencia y de la actividad que constituyen la dignidad humana. Hechos todos que nos convencen de la íntima conexion que existe entre lo

físico y lo moral de nuestra naturaleza, al observar con qué exactitud se traducen en resultados económicos de prosperidad y bienestar general los principios que presiden al desenvolvimiento moral y social de los pueblos modernos. De aquí lo mucho que importa conservar en toda su pureza estos principios, y cuánto interesa al mismo economista inspirarse en ellos, ya que el sistema de moral que adopte como base de su doctrina se ha de reflejar en las deducciones económicas (1).

A nadie mas que al economista puede interesar el conocer de qué manera y hasta qué punto influyen en la produccion de las riquezas los diversos motivos de obrar que hay en el

(1) Que no se acuse á la Economía política de recibir una base prestada de la filosofía moral. Todas las ciencias sociales y aun las naturales y exactas reciben sus fundamentos de la ciencia de los principios generales, la filosofía. Véase este pasaje de Tiberghien: « La filosofía abraza, pues, todas las ciencias particulares bajo uua relacion esencial, si nó bajo todos sus aspectos. No es posible ciencia alguna sin principio: cada ciencia debe estudiarse bajo un punto de vista filosófico, en su principio y en las relaciones de su principio con el principio absoluto y con los demás principios. Esto es lo que cada vez se reconoce mas en la actualidad, en que todas las ciencias particulares tienden visiblemente á constituirse sobre una base filosófica. Como ciencia de los principios en general, la filosofía es por consiguiente tambien la *ciencia de los principios de todas las ciencias.* Ninguna ciencia especial puede demostrar su principío, por cuanto no es la ciencia del principio absoluto que sirve de fundamento á todos los principios subordinados: acepta su principio como un dato, como un lema de la filosofía, y se limita á desenvolverlo en su contenido y en sus consecueucias. La geometría, por ejemplo, no demuestra el espacio, sino que relaciona al espacio todo el conjunto de verdades deducidas. En la filosofia es donde deben reconocerse con evidencia todos los principios sobre los cuales se apoyan las ciencias. » (*Exquisse de Philosophie Morale*, p. 43).

Tambien Mr. Baudrillart dice á este propósito: « La moral precede y domi-

hombre. Partiendo de que la Providencia no ha creado nada inútil, podrá dar á cada uno de estos móviles su verdadero valor, bajo el criterio tambien incontestable de que todo en el mundo está sujeto á una ley de proporcion y de justa medida. Así, por ejemplo, al examinar las necesidades humanas, ve en las mismas un estímulo poderoso de accion, y reconoce que por el sufrimiento que las acompaña y por el contentamiento que sigue á su satisfaccion, las necesidades son el indispensable aguijon de la actividad. De la necesidad nace el *interés personal;* pero seria incurrir en un grave error considerarlo como el único móvil de nuestras acciones, y seria el colmo de la confusion, convertir el *deber*, el *imperativo categórico de Kant,* la *obligacion moral,* que es el sacrificio del interés, en una especie de cálculo. Empero si el interés no es el único

---

na á la economía política, como precede y domina á la política y al derecho: le presta sus principios como se los presta á estas partes del estudio total de la humanidad. Decir, como algunos han imaginado, que la economía política precede á la moral, equivaldria á decir que el trabajo es anterior á todos los móviles interesados ó simpáticos que triunfan en nosotros de la fuerza de inercia; equivaldria á decir, que el cambio que debe efectuarse bajo condiciones iguales para ser igualmente ventajoso á las dos partes, no supone la idea de justicia, que es uno de los fundamentos de la moral. Los hechos económicos, es cierto, reinfluyen sobre los hechos morales; la condicion exterior y social del hombre influye, por una inevitable reaccion, sobre su estado interior, sobre sus sentimientos é ideas. Nada es mas cierto, y aun añado que esta reciprocidad es de las mas fecundas en efectos sorprendentes, ofreciendo materia de estudio del interés mas elevado al filósofo y al historiador. Pero sostener la superioridad y prioridad de la economía política seria igualmente absurdo que defender que el efecto precede á la causa, porque pueda suceder que el efecto se convierta á la vez en causa. Seria querer colocar el instrumento antes que la mano, la obra antes que el obrero. (*Des rapports de la Morale et de l'Economie politique*, p. 9).

móvil de las acciones humanas, tiene una mision tan incuestionable como legítima: la misma religion lo sanciona cuando nos manda que amemos al prójimo como á *nosotros mismos*, y es bien cierto que este amor de sí que supone el interés personal, revela en el hombre una idea moral de reflexion y de esperanza que le incita á obrar. Sin interés personal no cabe ni prevision, ni amor al trabajo, ni pensamientos de ahorro, ni de invencion, ni es posible el menor progreso. Pero una cosa es el interés y otra el egoismo que conduce á sacrificar al prójimo en provecho propio. El interés en cuanto no se opone al deber es completamente legítimo y de una admirable fecundidad para el bien general. Segun la observacion de Bastiat, el interés une y aproxima á los hombres: el egoismo los aisla y divide: del primero nace el cambio, del segundo la usurpacion: el interés lo vemos representado en la persona de un honrado y paciente trabajador que se afana por ganar un salario legítimo; el egoismo en la figura de un ávido jugador ó de un hombre perverso y astuto que tiene la desgracia de ignorar que todo es preferible, hasta la misma muerte, á una riqueza mal adquirida.

Y sin embargo, la necesidad no es todo para el economista, porque no puede dar jamás la medida del derecho: no basta tener necesidades para reclamar en nombre de la justicia los objetos que han de satisfacerlas, como pretende la escuela socialista, que sienta como base de su doctrina: *A cada uno segun sus necesidades*. La necesidad es el punto de apoyo de las investigaciones económicas, á la vez que una condicion del aumento de la riqueza, y el verdadero principio de la ciencia y del progreso económico está en la libertad.

Todos nuestros actos son un testimonio fiel de nuestro libre albedrío y de la ley moral que lo rige: nos alegramos de hacer el bien, y nos persigue el remordimiento de nuestras malas acciones: aplaudimos la virtud y vituperamos el vicio, y esto basta para convencernos de que si *podemos* elegir entre el bien y el mal *debemos* practicar el bien. La libertad económica, como las demás, tiene su orígen en esta libertad interior del hombre. Rodeado este por las fuerzas fatales de la naturaleza, seria anodadado si no las convirtiera con su trabajo en provecho propio.

Toda conquista adquirida es el resultado de la fuerza libre por esencia, del trabajo del hombre. Si la libertad humana se resiste al esfuerzo, ó es mal empleada, necesariamente las privaciones y el sufrimiento serán su consecuencia: si por el contrario obedece á la ley de actividad que el Criador le impuso, y se conforma con las prescripciones de la razon, los esfuerzos serán recompensados. La responsabilidad es siempre la sancion de la libertad.

No es, pues, de extrañar que la ciencia económica haya adoptado como principio fundamental de su doctrina la libertad del trabajo. La libertad de la industria pone en movimiento todas las fuerzas humanas, porque eligiendo cada cual la ocupacion que mas se adapta á su genio y gusto, abre campo al hombre inventivo y laborioso para que pueda allegar mayores beneficios por el mejor empleo de sus facultades. Y el individuo y la sociedad salen gananciosos bajo este sistema de competencia; aquel en cuanto alcanza la justa recompensa de sus esfuerzos y desvelos, y esta por la abundancia, perfeccion y baratura de los productos y servicios.

Ahora bien: esta libertad del trabajo, tan apreciada como un derecho, como codiciada por la utilidad que reporta; que así los pueblos lo mismo que los gobiernos se afanan por extender su dominio, como medio poderoso de engrandecimiento y bienestar, no es otra cosa para el economista sino la aplicacion del principio de libertad moral: significa puramente el reconocimiento del individuo investido de su responsabilidad en medio de la sociedad laboriosa trabajando bajo su cuenta y riesgo; y á la vez el principio de igualdad bien entendida; porque la concurrencia supone la condenacion de monopolios y privilegios, una justicia igual para todos.

Véase cuánto dista esta doctrina de las diferentes teorías comunistas que se disputan los principios de la organizacion industrial, y acabemos de examinar si hay razon para acusar á la economía política de ser una ciencia materialista y sin entrañas, como dicen los que acaso no se han tomado el trabajo de estudiarla ó la miran bajo el prisma de bastardos intereses.

Y sino, ¿cuál es la enseñanza concreta y práctica que podemos sacar de las observaciones que dejamos apuntadas? La importancia del hombre como productor: el hombre teniendo no solo derechos sino tambien deberes: la persona humana objeto y fin de la sociedad, tal es la base fundamental de toda verdadera economía política como de toda ciencia social.

El hombre, el productor por excelencia, no debe considerarse nunca como un instrumento, porque es ante todo el fin y nó el medio de la produccion.

El hombre existe principalmente para sí, para el cumplimiento de su fin racional. Ciertamente que debe trabajar

para los demás, pero es respetando y haciendo respetar la libertad de voluntad y de inteligencia que él mismo necesita para perfeccionarse. Esta dignidad humana no ha sido siempre, menester es confesarlo, tomada suficientemente en consideracion, aun por la filosofía espiritualista moderna en el período que empieza en Descartes y termina en Malebranche, y de aquí la poca ó ninguna importancia que tienen en su doctrina las ideas de derecho y trabajo. (1) Por eso no dudamos en ser espiritualistas, á la manera de Droz que propone acertadamente el desarrollo de todas las facultades humanas bajo la ley reguladora del deber; que estima la moral como la primera de las ciencias, pero añadiendo que la economía política es la segunda, y no duda por consecuencia en afirmar que las bases de la civilizacion se hallan en los principios de estas dos ciencias, en cuanto la una enseña la ley

---

(1) Channing ha formulado de una manera elocuente esta idea de la dignidad humana cuando ha dicho, que « consiste desde luego en este principio espiritual que se llama ya Razon ya Conciencia; que elevándose sobre tiempos y lugares, discierne la verdad inmutable y la justicia eterna; que en medio de cosas imperfectas concibe la perfeccion; que es universal, imparcial, en oposicion directa con los prncipios egoistas y estrechos de la naturaleza humana; que me dice con autoridad que mi prójimo vale tanto como yo, y que sus derechos son sagrados como los mios; que me manda admitir toda la verdad aun cuando ella combata mi orgullo, y hacer justicia á todos, cualquiera que sea mi interés; que me hace amar con alegría todo lo que es bello, bueno y santo, cualquiera que sea quien tenga estas cualidades. Este principio es en nosotros un destello de la Divinidad, y no podremos conocer lo que es el hombre antes de haber distinguido en el alma algo de la grandeza celeste de este principio. » (Channing, *Œuvres sociales*, p. 107; *Discours sur l'élévation des classes ouvrières*. Edicion de Mr. Edouard Laboulaye.)

del deber y la otra las condiciones del bienestar general (1). Espiritualismo de que parece inspirarse Mr. Baudrillart cuando traza estas líneas que aceptamos sin reserva. «El espiritualismo de que hablamos no es de manera alguna el misticismo con el que todo espiritualismo es confundido con demasiada frecuencia. Hay en el seno de toda religion un elemento místico del que estoy muy lejos de murmurar, pues que se refiere á la esencia misma del principio religioso, que se resume en la adoracion y en la oracion. Pero el misticismo, cuando nada lo atempera y llega á convertirse en el desprecio absoluto de la humanidad y de las cosas humanas, es una exageracion que reprueban á la vez la verdadera religion y la verdadera filosofía. Este misticismo exagerado es el que pretende con arrogancia condenar la economía política, engañándose en las acusaciones á las que con habilidad procura dar una gran importancia. Se engaña y engaña repitiendo que esta ciencia tiende á asegurar el imperio de los apetitos materiales, cuando es así que prosigue la emancipacion de las almas por la imprescindible satisfaccion de las necesidades que sitian el cuerpo, cuando es así que el predominio del principio espiritual es su punto de partida y su fin. Se engaña acusándola de buscar en la riqueza un objeto vil y bajo, como si se tratara por la economía política del enri-

---

(1) Elevaos, dice Mr. Droz, á las mas altas concepciones de la política, y encontraréis que los dos grandes medios de progresar en la civilizacion, son propagar la moral y fomentar la industria con el fin de hacer las costumbres mas apacibles y generalizar las comodidades de la vida. «*La política en sus relaciones con la felicidad de los pueblos.*» Traduccion de D. F. Pareja de Alarcon.

quecimiento egoista de algunos individuos ávidos de goces degradantes y groseros, y nó de la condicion de las clases menesterosas llamadas á una participacion mayor de moralidad y bienestar; como si no se tratase de la fuerza y prosperidad de los Estados, en fin, como si el cambio no descansara sobre las mas nobles ideas de justicia y no tendiese á realízar la fraternidad predicada por el cristianismo entre todos los miembros de la humanidad (1).»

Cultivemos, pues, este precioso sentimiento de la dignidad y del poder del hombre, pero sin exagerarlo, á fin de que nuestro carácter adquiera energía sin arrogancia y humildad sin desaliento.

El progreso económico exige, pues, las condiciones severas de órden moral, lo cual nos enseña con cuánta prevencion debemos mirar esos planes de organizacion del trabajo que la utopia sabe forjar con facilidad pasmosa, probando así que conoce mal la humanidad y la ley del verdadero progreso que ha seguido. El progreso económico ha costado y costará siempre la educacion penosa de la libertad, ilustrándose y moralizándose, y hallando su fuerza en su regla. Y la libertad tal cual la comprendemos es inseparable de su buen empleo: supone la razon, exije el deber. Por eso ha dicho Droz, que la libertad es otra cosa que un derecho, que es una carga, un privilegio adquirido á título oneroso, que se pierde con el mal uso. Esta es la libertad que desde el comienzo del desarrollo económico, como de la civilizacion en general, no ha cesado de manifestarse conquistadora por la ilustracion lentamente

---

(1) *Des rapports de la Morale et de l'Economie politique*, p. 46.

adquirida, por el buen gobierno de sí misma que ha aprendido con frecuencia á su costa: libertad responsable que á la vez somete la naturaleza y triunfa de las preocupaciones, de la ignorancia, de las opiniones que no le han presentado menores obstáculos que las fuerzas físicas que ha sabido dominar. La importancia del productor, ya lo hemos dicho, es la que da importancia á la produccion.

Algunos piensan que en economía política no se trata mas que de productos bajo forma de sacos de algodon ó quintales de hierro, sin reparar que son los servicios humanos bajo todos sus aspectos los que se cambian en el gran mercado del mundo. El hombre ha producido por la primera vez al adquirir cierto grado de instruccion y de moralidad, y cuanto mas ha aumentado estas nobles cualidades ha podido resolver mas fácilmente el gran problema de la industria humana, sea cualquiera el objeto á que se aplique, cual es, el de simplificar los métodos y obtener una suma mayor de resultados con una suma menor de esfuerzos.

En todas las épocas, en todas las situaciones, el hombre ha podido desplegar la voluntad de mejorar su condicion en el límite de su aptitud y de sus recursos, y el Criador ha dado á nuestra especie una prueba mas de benevolencia, haciendo que el hombre por la ley de su constitucion pueda encontrar en torno suyo recursos cada vez mayores, si quiere aprovecharlos; aumento que es mas ó menos rápido, segun que el mismo hombre lo favorece ó contraria por el uso bien ó mal entendido de su libertad.

Tal es, segun nuestro parecer, el verdadero carácter del progreso económico, que no tiene nada de necesario y de

fatal, y antes bien impone al hombre graves obligaciones y resume todas las prescripciones de la moral: sin esta direccion, el progreso económico solo puede producir aspiraciones vanas, y quimeras tan peligrosas como inaplicables.

Porque si, en efecto, no sabemos relacionar y subordinar todos nuestros actos al fin y á la ley suprema del destino humano, es de temer un retroceso en la civilizacion, tanto mas fácil cuanto siendo mal comprendida la idea del progreso económico, nos conducirá irremisiblemente por un camino de ilusiones y de aventuras: en tanto que, si nos acogemos resueltamente á los principios elevados que lo dominan y lo reglan, habremos adquirido la energía necesaria para restablecer en las inteligencias el imperio de la verdad, para sustituir á las vanas ilusiones, las convicciones serias, y habremos aprendido de qué manera se puede aumentar, nó en provecho exclusivo de los goces físicos, sino en provecho del desenvolvimiento moral, el bienestar de todos.

Y téngase presente una coincidencia de la que tenemos algunos ejemplos: cuando en las investigaciones económicas se prescinde de la moral, suele suceder que se concluye por negarla, pues al olvidar que hay en el hombre algo que responde al deber, se incurre en la pretension de considerar la economía política como la ciencia social por excelencia, sin otro criterio que el de la utilidad—y el utilitarismo es el escollo de la economía, como el materialismo lo es de la medicina—y como solo se ha visto en la sociedad la produccion de la riqueza material, se llega á no ver en el hombre mas que la necesidad de lo útil y la preocupacion exclusiva de las

satisfacciones del cuerpo (1). Señal de que no se ha observado lo suficiente la naturaleza humana, cuando se pretende que los bienes materiales son bastantes por sí á dejar satisfecho el corazon del hombre. « Todos los millones del mundo, dice un distinguido escritor, no bastan á llenar el abismo del alma humana, y la misma riqueza, desde el momento en que se posee, permite apercibir que falta algo todavía al hombre.»

---

(1) Examinando Minghetti los diferentes errores de los socialistas, dice: «El tercer error de los socialistas consiste, en separar la economía de la ética y el órden natural del sobrenatural. Muchos van hasta afirmar que el fin del hombre es únicamente terrestre, y que consiste en el goce: por consecuencia, pretenden obtener por medio de una nueva reparticion de la riqueza, el bien humano y civil. Pero aun mirando el problema bajo su aspecto económico, si lo que hemos dicho muchas veces es verdad, que la riqueza y la prosperidad de las naciones presuponen condiciones no solamente jurídicas sí que tambien morales; si para el cumplimiento de las leyes morales, hay necesidad de una sancion, ¿cómo negar que aun para el bien material no sea de una gran importancia la creencia en la inmortalidad del alma y en la vida futura? Y véase como cada uno de estos pensamientos se relaciona con el otro y se enlazan entre sí. Estos socialistas, queriendo expulsar todo mal de la tierra, no tienen necesidad ni de resignacion ni de esperanza, y por lo mismo quisieran quitar como una cosa superflua, lo que en el corazon de todos los hombres, lo que bajo mil formas se presenta en todas partes y siempre en todos los pueblos, la aspiracion á lo infinito. De esta manera los mas consecuentes consigo mismos han sido conducidos á subvertir las mas claras ideas de la moral, á justificar las pasiones reputándolas todas buenas y excusables aun en sus extravíos. Otros por diferentes caminos llegan á consecuencias no menos extrañas: á confundir y desagregar la familia por la promiscuidad de los sexos y la Venus vulguivaga, á abolir la propiedad y la herencia. Y entonces sublevado el sentido comun y el sentido moral de las muchedumbres, han repudiado las doctrinas á que habian dado voluntaria acogida por lo actractivas y seductoras.» *Des rapports de l'Economie publique avec la Morale et le Droit*, p. 406.

Si el verdadero fin de la creacion es el perfeccionamiento del hombre en la totalidad de su naturaleza física, moral é intelectual, y si este perfeccionamiento exige condiciones temporales igualmente que morales, la economía política ocupa un lugar señalado entre las ciencias que determinan los fundamentos del órden social, y de completo acuerdo con la ética demuestra, que la reforma económica de la sociedad, objeto de tantos reformadores y utopistas, tiene por fundamento necesario y por punto de partida la reforma moral del individuo, base y fin á un tiempo de la sociedad (1). Si queremos reformar la humanidad permaneciendo fieles á los grandes principios morales y económicos de toda sociedad, deber, justicia, caridad, trabajo, propiedad, familia, comencemos por mejorar al hombre y *todo lo demás nos será dado en abundancia.*

Atenta la economía política á estos principios, tiene pre-

---

(1) «¿Y entonces, se me dirá, qué es lo que queda del socialismo? Queda una parte crítica, la cual ha detenido á los economistas en la marcha analítica que seguian, advirtiéndoles que su ciencia es incapaz por sí sola para explicar todo el órden civil, como sus consejos impotentes para engendrar por si solos la prosperidad universal. En efecto, es cosa probada que la miseria, al menos por cierto tiempo, puede hallarse al lado de un desarrollo prodigioso de industria y de riqueza. Queda, además, una protesta en favor de las clases miserables y laboriosas, demasiado desatendidas en el pasado, frustradas por el monopolio, oprimidas por la tiranía. Queda en fin, una aspiracion á mejorar su condicion, y especialmente á que el trabajo sea menos precario y mejòr remunerado, que la fatiga material no se separe de los bienes intelectuales. Y nosotros invocamos con toda nuestra alma semejantes mejoras y con ellas la emancipacion industrial, civil y política del pueblo. Estimamos como necesarias para este fin, muchas reformas en las instituciones públicas y en las leyes, pero no podemos esperar de ellas solas el efecto deseado. Seria perder el tiempo ir en busca de un específico que, impuesto por fuerza, tuvie-

sentes las elevadas inclinaciones del linaje humano, y sin aislar lo útil de lo bueno y de lo bello, evita el riesgo de convertirse en una matemática social, antes por el contrario, enseña á subordinar el espíritu de cálculo á las tendencias generosas del alma, y lejos de obedecer ciegamente á simples cuentas de *Cargo* y *Data*, expone y comenta á su manera la ley de armonía que preside á todas las aspiraciones legítimas de la humanidad.

HE DICHO.

---

se la virtud de redimir á la muchedumbre y dejarla satisfecha. Ciertamente, como los economistas lo indican, el acrecentamiento de la ciencia, del capital, de la produccion será muy eficaz; pero todos estos medios exteriores no serán suficientes si no van acompañados: por parte de los pobres, de moralidad y prevision; por la de los ricos, de prudencia y caridad; por las familias y por la sociedad, de comunidad de ideas y de sentimientos. Y aun así, todas las miserias y los infortunios no habrán desaparecido de la tierra. Aun cuando la clase mas numerosa de la sociedad pueda participar un dia de los bienes que en otro tiempo fueron el privilegio de un pequeño número; aun cuando el sufrimiento cese de ser para ella fatal y habitual, no podrá llamarse completamente satisfecha, y le quedará siempre campo á la resignacion. Y este campo permanecerá vasto no solamente para los pobres sino tambien para los ricos; y los unos y los otros no alcanzarán jamás esta virtud en la economía y en los cálculos de la utilidad, sino en la ley moral y en la esperanza de una vida futura.» (*Minghetti*: obra citada.)

CONTESTACION

DEL

D.r D. JOSÉ FLAQUER Y FRAISSE,

CATEDRÁTICO

DE DERECHO POLÍTICO DE LOS PRINCIPALES ESTADOS, Y DERECHO MERCANTIL Y DE ADUANAS
DE LOS PUEBLOS CON QUIENES ESPAÑA TIENE MAS FRECUENTES
BELACIONES COMERCIALES.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

«Los motivos de accion ó causas impulsivas que determinan á los hombres á prestarse recíprocamente sus servicios, pueden reducirse á dos: el interés personal y el interés ajeno, que son los dos únicos fines á que pueden dirigirse los humanos esfuerzos. . . . .
Esta distincion de las causas impulsivas de los servicios humanos, aunque de suyo tan natural y sencilla, determina lo que corresponde á la Moral y lo que pertenece á la Economía política. . . . . . .
Basta lo expuesto para deducir que existe una ciencia que es la económica, distinta pero nó antagonista de la Moral; que se ocupa del cambio de los servicios prestados entre los hombres por motivos de interés propio, absolutamente indispensables para la satisfaccion de las necesidades humanas en todos aquellos casos en que los móviles morales ó no existen ó no bastan para dicho objeto.»
Dr. D. Ramon Anglasell en el Compendio de sus lecciones de Economía política dadas en esta Universidad.

Así hablaba y así escribia el distinguido y malogrado Profesor cuya muerte estamos todavía llorando, y cuyas palabras me han parecido las mas oportunas para encabezar la contestacion á las importantes reflexiones que sobre la Economía y la Moral acabais de oir de nuestro nuevo compañero, puesto que viene á ocupar la misma silla que aquel ocupara antes de su traslacion á otra cátedra que el destino le vedó desempeñar, y viene á sostener ideas iguales en bondad y mérito, con relacion á los mas altos principios económicos. Ya que,

segun los Reglamentos vigentes, no hay acto especial para lamentar este sensible diezmo que paga á la cruel parca el profesorado, fuerza nos es mezclar alguna lágrima con la alegría y el júbilo, y aprovechar los mismos momentos de gozo y satisfaccion para llorar y sufrir.

Un análisis de sus trabajos económicos me reciera el Dr. Don Ramon Anglasell: ya que no lo permite la índole del trabajo, una cita oportuna y siempre autorizada, que mas adelante podré desarrollar, sea el recuerdo tributado á su talento.

No llevará á mal nuestro querido compañero, que tambien ha saludado su ilustre tumba, el que antes de saludarle á él haya echado esta flor sobre el monumento de un amigo que ya no volverá, pues será testimonio de amistad mas fiel y mas probada el abrazo que le demos, si encuentra humedecidos nuestros ojos por el amor á quien se fué.

Pagada esta deuda de amistad, debo tender ya mis brazos en nombre de este ilustre Claustro, al nuevo individuo cuya voz y elevadas ideas acabais de escuchar, el Dr. D. Narciso Guillen. Catedrático por concurso, y salido del Instituto de Valencia, donde por oposicion habia antes obtenido una cátedra similar á la que viene á desempeñar, lleva impresas en sus títulos, no solo la ciencia que debe acreditar todo el que aspira á sentarse en estas sillas, sino además, la práctica en la enseñanza, que no pocas veces cuesta hermanar en la proporcion conveniente con aquella. Su nombramiento, que en calidad de ascenso de un Instituto, es el primero que registramos en esta Univerdad, es además uno de los varios eslabones con que ha querido el Gobierno encadenar el profesorado en sus varias ramas, para que haya la armonía y el estímulo opor-

tunos en todas las regiones de la enseñanza. Salud, pues, al antiguo y benemérito catedrático de Valencia.

Pero en cumplimiento del deber reglamentario que exige al nuevo profesor este respetuoso acatamiento, y como profesion de fe ante el Claustro á que se va á pertenecer, habeis visto además en nuestro compañero las sanas doctrinas de que está embebido, y como esta Universidad, donde con tan noble empeño y escrupulosidad se han sostenido y continuarán sosteniéndose las buenas creencias y el amor á la verdad, nada tiene que temer, y sí mucho de que gloriarse, por haber adquirido un nuevo paladin de los buenos principios y de las mas consoladoras y trascendentales ideas.

Placentera y agradable ocasion para mí, la de ser el eco de sus expresiones elocuentes y dignas: placer que solo puede disminuir el temor natural de no corresponder en mi contestacion al mérito del discurso contestado, y del distinguido auditorio, y la desconfianza en la buena eleccion de los puntos culminantes del trabajo de nuestro compañero.

En medio de sus numerosos y bellos conceptos hanme parecido, no obstante, dominar tres grandes verdades que se encadenan perfectamente, y forman el tema principal, el antecedente y el consiguiente, del título del discurso que acabais de oir.

Es la primera, que se ha de aceptar por base de toda doctrina la idea del deber, la ley moral.

Es la segunda, que la economía política es moral por su fin y por sus medios.

Es la tercera, la paridad con que debe entenderse se desarrollan el estado económico y el moral de los pueblos.

I.

Nada tan natural para un profesor, como el medir la situacion que ocupa su estudio en el cuadro de la ciencia, y apreciar la distancia ó proximidad con su centro.

Para ello, hoy que ha cesado el vano y pueril empeño de considerar la rama de conocimientos propia, como la mas importante y elevada en perjuicio de las otras que valen lo mismo, se empieza á mirar la ciencia como una, y como rico tornasol cuyos bellos colores dan diversidad de matices, pero cuyo foco es siempre el mismo: la verdad. Todos aspiramos á ella y la cultivamos, aunque en diversos objetos y con variedad de procedimientos.

Pero el conocimiento de la verdad, objeto de la ciencia universal, no es mas que el conocimiento de lo que realmente existe, segun aquella gran definicion de la verdad dada por un antiguo y grande filósofo, de *verum est id quod est* (1); y como todo lo que existe es obra de la voluntad Suprema, toda la ciencia está compendiada en las obras de Dios.

Cual sea de entre ellas la predilecta, la mas perfecta, la mas similar á su mismo autor, la reina de la creacion, ya sabemos que es el hombre; y en su consecuencia que cuantos estudios se refieren á su naturaleza, que no es otra cosa que la manifestacion de la voluntad de Dios en el hombre, serán los mas eminentes y trascendentales.

---

(1) S. Agustin.

Pero el hombre, ser activo por excelencia, unas veces es estudiado en la misma constitucion del espíritu, y entonces es la ciencia principalmente psicológica, ó en las leyes de su accion, y entonces la ciencia es principalmente ética. En ambos casos, lo que se estudia es, como antes indicábamos, la manifestacion de la voluntad de Dios en el hombre; mas en el primer caso, la voluntad divina se manifiesta completa y acabada, puesto que el hombre acata necesariamente su naturaleza psicológica, mientras que en el segundo, la voluntad divina al parecer no se completa ni se acaba, si el hombre, sujetándose á las prescripciones que la suprema voluntad le impone como móviles de su accion, no verifica el acto mas libre posible, segun afirma el ilustre Ancillon (1), que es el de sujetarse con conocimiento y por su propia voluntad á la de Dios.

Si contemplando, pues, el hombre su libre albedrío, recuerda no obstante su condicion de criatura y su subordinacion al Criador, único autor de los juicios prácticos, *imperativos* y *categóricos* á la vez, que su conciencia le revela, debe reconocer que la base de toda su regla de accion ó *doctrina*, está en aquella Suprema voluntad que le ha impuesto la ley moral, que sin embargo puede infringir.

¡Condicion particular la humana! El grande, infinito é inconmensurable plan de la creacion, ajusta perfectamente á sus afinidades al ser inorgánico, á su conservacion ó instinto al organizado, y á su órbita á las grandes masas del espacio: solo en el mundo moral corren tumultuosamente estos come-

---

(1) *Espíritu de las constituciones.*

tas fragmentarios cuya órbita quizás un dia sepamos cómo ha podido atravesar la regular trazada por el supremo Hacedor.

Y esta misma fuerza creadora, para la cual igual es el átomo que el monte y el astro, ha sentado leyes en el órden moral, lo propio para el ser libre individual, que para el ser libre colectivo: y si las familias, los institutos, los pueblos y las naciones, al contemplar, como los individuos, su libertad de accion, recuerdan no obstante como la filosofía y la historia les dirán, que son productos de la mano suprema que ha debido escribir la gran pauta de los hechos sociales; al formular sus reglas de conducta y aceptar una doctrina, deberán reconocer tambien que la base de ella debe ser la suprema voluntad de Dios, la ley moral, que así alcanza á los seres racionales individuales, como á los colectivos.

Eco de este breve raciocinio, es la primera proposicion sentada por nuestro amigo, al querer fijar la situacion de su estudio entre los demás ramos de la ciencia, porque convencido de que la Economía es ciencia social, al darle base y reconocerle un centro no ha podido hallarlo sino en la moral.

Pero si en principio cuesta poco aceptar la sumision de los seres racionales y libres, ora sean individuales, ora colectivos, á la legislacion universal moral, alguna mayor dificultad presenta el apreciar la extension, los límites y manifestaciones de esa ley natural. Esta dificultad hace que las mas de las veces nos contentemos con una moral anónima que se mueve á merced de muchos vientos, entre los cuales predominan el interés y la conveniencia particular. De aquí la utilidad de que en las corporaciones científicas se hable con el

lenguaje de la conviccion y de la verdad, y de que sin temores ni rodeos se definan y califiquen las ideas.

Por de pronto tampoco ofrece dificultad, el reconocer como medio de revelacion de dicha ley la *sana* y *recta* razon, y aun el admitir que sea esta la facultad mas alta humana, que es la de conocer las verdades primarias de que tiene conciencia el hombre y que se le presentan con el carácter de necesidad y universalidad. Ni siquiera ofrece dificultad adelantando en la obra de la consignacion de los principios racionales generales — filosóficos — ó particulares — morales — formar contra las pretensiones de escuelas exageradas una larga nomenclatura de verdades de sentido comun, y hasta llegar á sentar reglas preciosas de derecho. Testigos son de este aserto casi todas las escuelas filosóficas que la historia nos recuerda. Testigo en particular la llamada especialmente por esta circunstancia y por antonomasia, del sentido comun, y que como doctrina filosófica de nuestras Escuelas me permitiréis la salude particular y afectuosamente. Antes que mis humildes labios la saludaron en lontananza, lo mismo los griegos, desde Hesiodo á Proclo, como los romanos, desde Lucrecio á Lactancio, y San Agustin, y los italianos, desde San Anselmo á Genovesi, y los franceses, desde Descartes á La Mennais, y los ingleses, desde Duns Scot hasta Reid y Hamilton, y los alemanes, desde Lutero y Leibnitz hasta Ancillon, y parcialmente el mismo Krausse y nuestros ilustres filósofos nacionales, desde Antonio Andrés á Mariana y Martí de Eixalá (1). Testigos son de aquel aserto los códigos romanos y

(1) Véase Hamilton en sus notas y disertaciones sobre Reid.

las modernas codificaciones, con sus principios, generalizaciones y reglas de derecho.

Pero toda la obra filosófica de investigacion, y fórmula de los principios racionales y verdades primeras de nuestra conciencia, tiene el grave inconveniente de no bastar por sí sola para la buena y perfecta comprension de la ley moral. *A posteriori*, las grandes vicisitudes de los tiempos, los eclipses de estados y civilizaciones, la degradacion de la raza humana, á pesar de la ciencia de sus filósofos, nos prueban esta gran verdad. Aun *à priori*, no es dificil concebir que no cuadra á la condicion de la criatura el que, abandonada á sí propia, cuente en su naturaleza racional todos los elementos suficientes para alcanzar su perfeccion moral, sin ulterior cooperacion del Autor de la ley moral. No es posible que en el momento mismo de su creacion alcance el hombre igual perfeccion à la de su Hacedor: absurdo en el que se abisman los racionalistas puros, sin que valga el escudarse con la omnipotencia divina, pues con ser omnipotente Dios, ha de ser antes causa.

La obra filosófica de investigacion de los principios racionales para la buena interpretacion de la ley moral, ha de completarse, pues, por otra de revelacion y comunicacion recíproca de Criador á criatura; y por lo tanto, si no ha de ser estéril en frutos, la ley moral debe ser religiosa, como con tantos ejemplos nos lo ha manifestado nuestro querido compañero. Esto nos comprueba la historia de todos los tiempos y pueblos, hasta en los mismos absurdos de la supersticion.

Para el cumplimiento de esta verdad, podrian surgir nue-

vas dudas con objeto de escoger el mejor culto y la mejor— mas que mejor—la única religion verdadera, si una intuicion no nos dijera que el Catolicismo es el verdadero y necesario complemento de la naturaleza humana para su perfeccion moral. Donde hay la universalidad, la bondad y santidad de doctrina del catolicismo, que no hay bueno que no dicte ni malo que no condene; donde se ha de practicar lo que se habla, y donde por el fin y por todos los medios se perfecciona tanto al hombre, no hay necesidad ni siquiera de la ciencia teológica para no dudar si contiene el eficaz complemento y el firme apoyo de nuestra finita razon..

Y como si de las consideraciones sobre la influencia de la doctrina católica en el individualismo nos elevamos á su trascendencia á la familia y á todos los hechos sociales, trabajo que en otra ocasion hemos hecho ya, hallamos igual bondad, el complemento y gran apoyo de todas las sociedades hemos de reconocer ser la moral católica.

Por todas estas razones, un profesor de las ciencias sociales, un catedrático de economía, al consignar la base de su doctrina, no puede menos de fijar atento su mirada en la ley moral, y aspirando á dar la debida precision á sus conceptos, no puede dejar anónima la moral, omision ó culpa harto punible en el campo científico, sino apellidarla católica, para que fijemos asimismo nuestros ojos en el santuario seguro de los principios de nuestras acciones.

Y todavía razones históricas particulares á nuestra nacion, han de inducirnos á proclamar la gran verdad de *aceptar como base de toda doctrina social la moral católica*, y honrarnos en todos tiempos con la santa enseña de la regeneracion social.

II.

Dado por sentado que la base de toda doctrina social ha de estar en la moral, y que con esta palabra queremos entender la católica, no puede ser mas evidente la armonía entre los principios económicos, y los verdaderamente morales.

La economía, no es en sí mas que el conjunto de leyes que presiden al cambio de los servicios humanos bajo su aspecto mas comun y general, que es el del interés personal, y toda ella es por lo tanto la doctrina social del trabajo. Considerada en su móvil, se ve que forma este parte de nuestra naturaleza, lo propio que el meramente moral del interés ajeno, y que no puede haber contradiccion entre los principios de nuestras acciones, aunque sean de órden distinto, pues todos proceden del Autor de nuestra constitucion. Es verdad que á tenor de lo anteriormente demostrado lo moral será como base lo principal, el antecedente, lo mejor, lo económico lo secundario, el consiguiente, lo menos; pero ambos hechos serán igualmente naturales y expresion de nuestra constitucion.

Una ligera excursion á la ciencia económica basta para probar cuán armonizada está con la moral, y como es preferentemente ciencia moral.

Bien sabeis que en un doble sentido se acostumbra á tomar hoy esta palabra: ó en el de presuponer los principios de la moral, ó en el de deberse principalmente á actos del espíritu en oposicion á la materia, el objeto ó medios de la ciencia. En ambos sentidos es moral la economía política.

Lo es en presuponer los principios de la moral, pues en la esfera económica vemos al hombre siempre sujeto al precepto bíblico del trabajo y del comer con el sudor de su rostro, sin contravenir por esto á la voluntad suprema del gran Legislador moral. Vedle sino en todo el curso económico, en las tres grandes fases de la ciencia, llamadas comunmente produccion, distribucion y consumo de la riqueza.

Ante las necesidades apremiantes que le rodean, no desmaya ni gasta el tiempo en tristes gemidos para lamentar su triste condicion, sino que convencido de su actividad, busca en la aplicacion de sus fuerzas físicas y mentales el cumplimiento de la ley del trabajo. Por fortuna cuanto le rodea tiene mayor ó menor aptitud para satisfacer sus necesidades, ó lo que es lo mismo en el lenguaje económico, tiene utilidad, y alentado por la utilidad natural y gratuita, que agradece al Altísimo, y que por medio de su trabajo puede aumentar, se lanza denodadamente á la produccion de la mayor suma posible de utilidades, ó lo que en el lenguaje económico se llama riqueza. Y en la produccion de la riqueza, nos es fuerza ver atendida la conservacion del individuo, y hasta su progreso, en cuanto nuevas producciones permitirán nuevas satisfacciones que en un estado primitivo é inculto no tendria el hombre.

Una ojeada general sobre todas las clases de produccion nos da asimismo la aplicacion constante del espíritu sobre la materia, creando por sus diversas maneras las llamadas industrias. A este fin, unas veces le vemos aplicado á ocupar los productos naturales, cuya ocupacion le cuesta mas ó menos luchar con la naturaleza para arrancarle sus tesoros, y hé

ahí las industrias extractivas: otras cultiva las especies organizadas, propagándolas y mejorándolas; hé ahí las agrícolas: otras transforma en tan considerable número las primeras materias, que parecen centuplicarse los dones de la naturaleza, y hé aquí las fabriles: otras transporta y cambia los productos equilibrando los climas, y la topografía de todos los paises, y hé ahí las comerciales: otras percibe, atiende, abstrae, generaliza, induce, deduce y metodiza, y hé ahí esas industrias inmateriales ó antropológicas que son la última manifestacion y la última victoria de nuestro espíritu sobre todo lo creado. Industria, en el lenguaje moral, significa desenvolvimiento y progreso; cuanto mas vária mayor es, y la moral sin verse ultrajada en ningun principio, ve acatado el de nuestra perfectibilidad.

Y si estudiamos los medios de esta produccion comunmente conocidos en la economía, así directos como indirectos, hallamos asimismo presupuesta la moral. Si quieres producir, dice la economía, procúrate un capital, y para ello cuenta antes con la virtud del ahorro; sacrifícate hoy, goza mañana. Si quieres crédito, cumple tus compromisos; y al prestamista le dice: fia y espera: todo hombre tiene alguna moralidad, y cuenta con alguna solvabilidad. Si quieres cambio, acércate á otro, vé á encontrarle, sé social. Y llegado á este punto, permitidme que insista en el gran hecho de la sociabilidad que supone el cambio económico, verificado providencialmente y á despecho de todo retraimiento ó aislamiento humano.

Supuesta la limitacion de nuestras facultades á uno solo ó pocos trabajos, debemos comprar el ajeno, diverso, por el

propio, que es siempre del mismo género; y de aquí la necesidad imprescindible del cambio. De esto resulta el hecho, al parecer contradictorio, de que trabajemos para nuestros semejantes animados por el deseo de trabajar solo para nosotros mismos; y que sin dejar de estar poseidos del interés personal, el minero, el pescador, el labrador, el operario, el artesano, el comerciante, el artista y el sabio, el blanco, el mogol y el negro, el chino y el hotentote, el americano y el europeo, todos trabajemos unos por otros á las mayores distancias, en la mayor diversidad de climas, en la mayor diferencia de ocupaciones, sin conocernos personalmente, pero sabiendo que se han de consumir por otros hombres nuestros productos.

Verdaderamente hay el dedo de la Providencia en este gran movimiento social, siempre retribuido es cierto, pero siempre voluntario y libre y sujeto á leyes morales.

Si pasamos de la produccion de la riqueza á su distribucion, no vemos en la economía sino un tratado completo de derecho. «A cada cual, dice, segun su trabajo», asociándose con esto á la base fundamental de todos los derechos, á la justicia. Repartiendo los productos entre el operario, el capitalista, el propietario y el gobierno, la economía robustece los justos títulos con que el capitalista percibe sus intereses, ennoblece las fatigas del obrero, enalteciendo la representacion de los salarios, suaviza la injustificada oposicion á los tributos públicos, manifestando la produccion del órden y seguridad debida á los Gobiernos, y entona en mil modos alabanzas á la propiedad, á la cual defiende esforzadamente de las herejías comunistas y socialistas. De conveniencia son sus razones, pero coinciden con las de la moral.

En el consumo de la riqueza, anatematiza todo lo inmoral é ilícito, y hasta en las nebulosas regiones del lujo censura la desproporcion entre la produccion y el consumo. Y cuando un pesimista hepático y atrabiliario se estremece por la desproporcion de la poblacion y las subsistencias, y llama en su auxilio á todas las plagas y calamidades sociales, dice con Bastiat: «Cada individuo que nace entre los hombres, si aumenta el número de los consumidores, aumenta tambien y con creces el de los productores, de tal modo que con su existencia sale ganancioso el género humano, pues que el nuevo trabajador, dejando á un lado las excepciones, no acrecienta con su trabajo las riquezas tan solo en la cantidad en que las consume, sino que produce mucho mas de lo que necesita: porque valiéndose de la prevision de que como ser racional se halla dotado, no solo atiende á su subsistencia y á la de su familia durante su vida, sino que ahorra, acumula, forma un capital y deja tras de sí en el mundo nuevas fuerzas productivas y nuevos manantiales de riqueza á las generaciones, á las cuales ha comunicado tal vez un soplo de su vida» (1).

Y ni es menos moral la ciencia económica por referirse á actos del espíritu, pues sin estos no es posible clase alguna de produccion. Ya llevamos dicho que el trabajo no es mas que la accion del espíritu sobre la materia, comprendiendo en ella nuestro mismo cuerpo.

Pero obsérvense además las fases del trabajo humano, de esta accion del espíritu sobre la materia. Si el hombre se decide á trabajar, es por el hecho de sentir y conocer sus necesi-

(1) Dr. D. Ramon Anglasell, en sus *Lecciones* precitadas.

dades y los medios de satisfacerlas. Si empieza el trabajo es por un acto de su voluntad. Si lo termina, ha debido emplear en mas ó en menos sus facultades intelectuales. Si ahorra es porque tiene prevision, si inventa es porque conoce, si fia es porque cree y espera. Si descansa satisfecho no es simplemente por el goce material de haber consumido ó poder consumir, sino porque siente el goce inmaterial de su idoneidad y el cumplimiento de su deber.

Hasta en la distribucion ha de estar animado el hombre del sentimiento de justicia para corresponder con la parte de valor equivalente á aquella con que se ha contribuido á la produccion. Sin dicho sentimiento se envidia al capitalista la prevision en haber acumulado la riqueza, creyendo que es causa de la pobreza del operario, sin considerar el beneficio inmenso que le debemos retribuir. Sin dicho sentimiento se cuestiona la propiedad territorial, y hasta sus formas naturales é históricas.

¿Qué mas? si aun en el consumo, el hombre ha de ser eminentemente racional y previsor, para no encontrarse víctima de la desproporcion entre sus medios de produccion y de consumo que puede acarrearle grandes males, y para apartarse de los inmorales é ilícitos.

Es sumamente grato, por lo tanto, que al apreciar las relaciones de la economía y la moral, haya vindicado nuestro compañero los títulos que aquella tiene para considerarse moral, afiliándose á modernas tendencias económicas que han sabido dar un sello espiritualista á la ciencia.

Causa verdadera lástima, el que por tanto tiempo haya podido ser considerada la economía como antagonista de la

moral, y mas aun el que por algunas escuelas se le haya dado una torcida direccion materialista. Permitidme que con toda ingenuidad os declaıe que creo culpables de esta grave falta á las escuelas inglesas, que exagerando las ideas de Adam Smith, no han tenido tiempo ni aficion para hacer arrancar de sus estudios económicos mas que bienes materiales, empequeñeciendo la idea de riqueza, agrandando la de egoismo, y olvidando á menudo las de justicia, equidad y derecho.

Por fortuna contrasta notablemente con esta tendencia la escuela francesa que han ilustrado Duchatel, Villeneuve-Bargemont, el célebre Juan Bautista Say, Dunoyer, Droz, y á la que siguen hoy ya todos los modernos economistas y filósofos, los Rossi, los Coquelin, los Baudrillart, los Minghetti, cuantos con un fin elevado y científico, quieren estudiar los grandes problemas económicos que nunca dejan de ocuparse de la grave cuestion de la armonía entre la economía y la moral. Contrastan con ella las mas modestas, italiana, española y alemana, que es verdad hacen progresos cortos pero sólidos, en las arduas cuestiones sociales. Enhorabuena que el industrialismo inglés presente orgulloso sus adelantos y riquezas; esperemos confiadamente en que nuestro carácter espiritualista, llegando á colocar la economía allí donde aquel la ha colocado, evitará los graves escollos del egoismo y del indiferentismo moral en las clases trabajadoras.

Y es tanto mas particular la actitud de la escuela inglesa, en cuanto nada en la historia interna de la economía legitima la tendencia materialista. Desde que en la escuela socrática encontramos al primer iniciador, si nó antiguo fundador

de la economía, el gran Aristóteles, la vemos ligada á la filosofía práctica ó moral. Con este carácter pasa de Grecia á Roma, como puede observarse en los pocos peripatéticos que allí encontramos, y aun en el que mas que peripatético se declaraba académico, Ciceron (1). No hay por qué decir si en la filosofía de los santos padres se liga el bienestar con la virtud, y si en la misma escolástica se subordina el bien privado al general. En la filosofía moderna se ven reproducidas y completadas las tendencias aristotélicas, y en los filósofos del derecho, investigadores del internacional, donde tanto campea el interés privado de los Estados, desde que se inauguran con Grocio y Puffendorf, se subordina al derecho la utilidad ó conveniencia, sin por esto esquivarla. Hasta en la misma doctrina Bentamista, el principio utilitario no es mas que el de la *oportunidad* iniciado por Montesquieu, y seguido por Romagnosi, pero siempre subordinado al del derecho, que es el principal.

No se puede dar otra explicacion satisfactoria para el carácter de la escuela inglesa, sino la de que, hija de la opinion del país y del espíritu del mismo, retrata con su silencio punible hácia las cuestiones económico-morales, la vertiente materialista que forman los solos adelantos industriales, cuando no les acompaña un desarrollo moral proporcionado, y la falta de la moral por excelencia, la católica, que permite este egoismo, visible hoy y trascendental en sus relaciones internacionales, trasparentado en las económicas y algun dia matador seguro de las interiores políticas, pues el dia en que

(1) *De officiis.*

naufraga el buen sentido, ¿qué arca queda de salvacion?

La tendencia opuesta, seguida por nuestro digno amigo, cada vez mas católica, está llamada á producir los grandes bienes que en embrion se notan ya en dicha escuela. Los tres grandes escollos que se observan en los tres respectivos tratados de la ciencia económica son: en el de la produccion, el de la degradacion humana, por la confusion del hombre con los medios mismos de produccion; en el de la distribucion, el egoismo, por el exclusivismo del principio mismo de derecho extricto que le sirve de base; y en el del consumo, la relajacion social, por el predominio del goce material sobre la satisfaccion del espíritu.

Al primer escollo se opone la consideracion individual: y para ello se procura que el último trabajador, ínfimo eslabon de la cadena económica, no pierda por su ocupacion física la educacion intelectual y moral que como hombre debe tener, y que no se le arranquen del corazon la esperanza que dan las buenas creencias, ni los afectos de familia, que son en este mundo el bálsamo mas eficaz para curar las heridas de la miseria. Poco, es verdad, se ha hecho aun en este sentido, pero la opinion se ha decidido ya en favor de las clases jornaleras, nó para ensoberbecerlas y adularlas é inspirarles resentimientos, sino para mejorar su condicion, y para dar gloriosa cima á esos esperados reglamentos, para preservar á la mujer y al niño obreros de los graves males que la asociacion y el feudalismo industrial acarrea sobre su conducta y porvenir físico y moral.

Al segundo escollo, presenta la escuela espiritualista el gran lenitivo del principio de la distribucion moral, suplemento de

la económica, de «á cada cual segun sus necesidades,» y en el santo consorcio de la economía y de la moral, manifiesta como, respetado el primer principio de extricta justicia para dar «á cada cual segun su trabajo,» hay resortes finísimos en nuestro corazon, para dar por simpatía de familia, de amistad y de benevolencia, y atender á las necesidades de los que no son productores.

Al tercer escollo habeis visto contraponer por la escuela armónica de la economía y la moral, la satisfaccion del espíritu, que es la que sazona todas las satisfacciones, con preferencia á la del cuerpo; y cuán fecunda en resultados deba ser la generalizacion de esta doctrina, os lo dirá el desequilibrio que debemos confesar hay hoy entre la multitud de medios de satisfaccion material que han creado los maravillosos inventos en las industrias materiales, y los pocos que en el terreno práctico han producido los buenos adelantos de las inmateriales, á las que acostumbramos á dar asentimiento, sin que lleguen á ser tan á menudo móviles de nuestros actos.

Concluyamos, pues, reconociendo con nuestro querido compañero, que la *economía es ciencia moral, así por su fin como por sus medios*, y cuanto conviene conservarle y aun aumentarle este carácter espiritualista.

III.

Las cuestiones de presente ó actualidad tienen siempre su ulterior desarrollo en los tiempos venideros. De aquí la pregunta natural en todo órden de cosas de *¿adónde vamos? ¿cuál es nuestro destino?*

Para contestarla Platon (1) puso, en lo antiguo, la primera piedra del gran sistema del progreso humano. Vico (2), en lo moderno, ha construido el gran edificio, no exento sin embargo de defectos, de la ciencia del porvenir. Este pertenece indudablemente al progreso, palabra en cuyo uso bien comprenderéis con cuánta sobriedad debe procederse, pues ni siempre es constante, ya que contamos tambien regresos y retrocesos, ni es verdadero, si no es total y en la esfera del bien, ni es universal, pues hay en él escollos que vencen los mas robustos y en que se estrellan los mas débiles.

Si se me preguntara, pues, qué es el progreso en todas las cosas, diria con Vico que es proceder del mal al bien, y con Amari (3) que es pasar, por un órden indefinido trazado por la Providencia, del estado inculto á la civilizacion verdadera. ¿Qué será pues del movimiento económico en el gran cuadro de la civilizacion? Seguirá progresando, pero en el progreso verdadero, en el progreso moral.

Esta respuesta estaba ya envuelta en el segundo tema que he desarrollado, supuesto el enlace de la economía y de la moral; pero para probarlo, permitidme que con nuevas reflexiones propias complete mi epígrafe, aduciendo tambien de nuevo del malogrado Anglasell, reflexiones profundas sobre la armonía económico-moral. «Son del dominio de esta, dice, los servicios que los hombres se prestan con el objeto de realizar el interés ajeno, y atañen á la ciencia económica todos los que

---

(1) *De republica.*
(2) *Scienza nuova.*
(3) *Critica di una scienza delle legislazioni comparate.*

tienen por único móvil el interés personal. Los primeros se rigen solo por los principios morales, los segundos sin apartarse de ellos rígense principalmente por leyes económicas; y creer posible el exclusivo predominio de unos ú otros, creer en la existencia de una sociedad tan espiritualista y generosa, que no sienta el móvil del interés personal, ó tan materialista é interesada que excluyendo los motivos que relevan el interés ajeno se rija solo por los del interés propio, es forjarse un ideal y desconocer el verdadero mundo en que vivimos.»

Si no nos hemos de forjar un ideal, diremos con Anglasell, la sociedad progresará con ambos móviles, pues el predominio de uno solo nos daria una sociedad desnaturalizada en sus bases constitutivas, que pecaria por generosa ó por interesada.

La primera desviacion, si tal puede llamarse el estado exclusivamente espiritualista de una sociedad, no es temible, atendida la mayor fuerza instintiva del otro móvil, y atendida además la naturaleza misma del principio moral que en su vasta comprension sale hasta en defensa del interés personal, creando obligaciones aun para con nosotros mismos. «Ama á tu prójimo como á tí mismo,» recordaba á este propósito y con mucha oportunidad nuestro querido compañero. Si de la esfera del sentimiento pasamos á la de la accion, hallamos las dos grandes pautas sociales: «haz con los demás lo que quieras se haga contigo» «no hagas á los demás lo que no quieras se haga contigo.»

Es mas temible el desequilibrio por lo que hace al móvil del interés personal, porque no es tan poderoso el instinto del bien si no está sostenido por el cielo donde está su últi-

ma sancion, y porque el interés personal no corre en ayuda suya, si no está muy esclarecido el entendimiento para comprender que todo lo bueno es eminentemente útil. De aquí la inmensa importancia del desarrollo moral de los pueblos, y muy particularmente de aquellas instituciones que lo entrañan. De aquí la *paridad con que deben correr los adelantos económicos y morales de los Estados.*

Pero una consideracion interna económica que podemos desenvolver históricamente nos probará mas concretamente la verdad que estamos recordando.

Siendo la economía política la accion del espíritu sobre la materia por medio del trabajo, y como se ha dicho por ilustres escritores la *filosofía del trabajo*, no hay mas que observar las condiciones esenciales económicas de este trabajo para apreciar la influencia del desenvolvimiento moral.

Estas condiciones del trabajo humano, consisten en la libertad del trabajador, en la libertad de industria y en la asociacion, limitada no obstante por la llamada separacion de ocupaciones. Considérese que la libertad de industria no es mas que la igualdad de todos para aspirar al ejercicio de cualquiera industria, y hallamos que los tres principios de vida para el trabajo, lo son de la constitucion política de los Estados, que segun sabemos descansan en el dogma moral de la constitucion particular humana. El trabajo supone, pues, libertad, igualdad y asociacion.

Se reconoce en una sociedad la facultad á todo hombre, sin mas razon que la de ser hombre, para obrar dentro del círculo de leyes naturales y racionales, sin diferencia de edad, sexo, estado ni condicion: esta dará buenos trabajadores, y

en villas florecientes veremos pronto agrupados individuos á quienes el trabajo mismo acaba de emancipar porque les da riqueza, valía é independencia.

Se reconoce en esta misma sociedad la conformidad de orígen y destino de la raza humana, y se permite gozar de los mismos medios al individuo, en cuanto procure alcanzarlos: esta dará variedad de industrias y grandes adelantos en ellas, por cuanto la vocacion individual será indicio de la aptitud particular para un trabajo determinado, y los productos serán mas abundantes y mas perfectos.

Se reconoce en esta misma sociedad, por principio y por conviccion, permitidme el pleonasmo, el espíritu de asociacion en cuanto han desaparecido en ella, si nó todas, por lo menos las principales causas de antipatía, separacion, aversion ú odio entre individuos, razas, castas ó condiciones: esta dará vastas empresas y proyectos colosales, por cuanto no encontrarán obstáculo, ni en las creencias, ni en las costumbres, ni en las leyes, las fuerzas individuales para realizar en todas las esferas la agregacion que ha de convertirlas en colosos del trabajo.

Pero antes he dicho que este tema económico podíamos explanarlo para su completa comprobacion en el terreno histórico.

Conocemos, segun nos ha recordado nuestro querido amigo, el adelanto moral mas grande que han dado los pueblos al pasar de antiguos á modernos, de paganos á cristianos. ¿No siguió tras él el económico? ¿Pueden compararse en lo mas mínimo los adelantos económicos de la antigüedad con los de los tiempos modernos?

Y no se crea que los modernos no hayamos contraido mérito porque habiendo debido heredar á los que nos precedieron, pudimos aprovechar lo que ellos nos legaron, porque á ser esto así, los pueblos mas adelantados serian los mas antiguos y tradicionales, y ningun pueblo moderno podria competir con la China ó la India, que siendo de creacion tan remota, ni siquiera han visto cortado su hilo histórico por este caos en que parece envuelta la edad que llamamos media, y en donde se elaboraba la consolidacion y fusion de las principales instituciones modernas.

Para los admiradores que aun pueda tener la civilizacion antigua considerada en sus adelantos materiales de determinados lugares, diré, que supuesta la inmensa distancia de los adelantos antiguos respecto á los modernos, quizás no se han fijado bastante en el hecho de no ser chinos ni japoneses los Bacon, los Newton, los Grocio, los Galileo, los Watt, los Rodisson, los Vivian, los Arkwit; de no haber descubierto el nuevo mundo, ni el derrotero del cabo los indios, ni los mahometanos; de no haber sido musulman Magallanes; de no ser invento oriental las bolsas de comercio, los bancos, las cajas de ahorro, las sociedades anónimas, las grandes compañías de Indias, y en una palabra, de no haber nada de importancia ni trascendencia de lo moderno que se deba á estos estados, que tan de antiguo tienen una civilizacion y viven los mismos tiempos que nosotros.

¿Por qué, pues, en un espacio reducido como el de Europa, en un país árido como el de Europa, en un país atrasado en su aparicion histórica como el de Europa, en un país que se constituye tarde como el de Europa, por qué en cinco siglos

eclipsa á la antigüedad entera y á pueblos que hoy celebran el cuadragésimo aniversario secular de su primera constitucion? Por el desarrollo moral del cristianismo.

A la voz nó mágica, que seria voz humana, sino divina del que con la mayor sencillez de la palabra decia á los hombres: «todos hijos de Adan criado por nuestro Padre que está en los cielos, sin que haya ya griegos ni romanos, bárbaros ni civilizados, sino todos hombres y hermanos» se sentó la unidad de estirpe, la comunidad de orígen y naturaleza, la igualdad de derechos y la dignidad personal. Triunfan para no marchitarse ya los principios constitutivos de la sociedad, la libertad y la igualdad; y como si no necesitara mas semillas el mundo moderno para dar todos los frutos de la civilizacion, comienzan este movimiento y actividad proverbiales de la Europa, entre los cuales florece el económico.

Toda la historia de las industrias, toda la historia del comercio quisiera aducir, para presentar entre los pueblos industriales y mercantiles á los cristianos, como—mas morales—los mas adelantados y ennoblecidos en el trabajo. Pero hoy ya no es esto un teorema, es un axioma ; y el portento de los portentos, sin necesidad de ver montes allanados, ni soles detenidos en su carrera, ni rios cortados, ni todas las leyes físicas en suspenso, es sin duda alguna el acontecimiento histórico de la reforma del mundo pagano verificada solo por el Evangelio, y su trascendencia á todas las esferas de la vida.

Lástima que embriagado el mundo moderno por estos mismos adelantos haya emprendido en parte un movimiento de falsa reforma y protesta, que por lo que hace al interés personal está comprobando la misma verdad que consignamos,

pues es en el foco de esta doctrina donde hallamos el foco del egoismo, y en donde es temible el desequilibrio de una sociedad *materialista* é *interesada*. El tiempo aclarará, no lo dudeis, este augurio filosófico-económico que está dentro los principios que acabamos de exponer.

He terminado, Ilustrísimo señor, los breves y desaliñados conceptos que me han sugerido las principales reflexiones que sobre la armonía de la Moral y la Economía nos ha presentado el nuevo miembro de esta ilustre corporacion. Aunque imperfectamente, está cumplido el fin académico de la discusion de un tema. ¿Habré contribuido á llenar el moral, de manifestar la vida, recuerdos é importancia de un cuerpo de la índole de nuestra Universidad?

Un abrazo nos reune hoy, y no lo damos instintivamente, puesto que lo motivan los antecedentes y la doctrina del que lo va á recibir, ni lo damos silenciosamente, porque sabíamos ya que para este acto grato y solemne nos reuníamos.

Pues bien, yo he aprovechado esta ocasion para analizar, en lo que permitia la índole de mi trabajo, una obra que hace honor á este Claustro, y que ha empezado á formar aquí escuela en el lenguaje, y en el modo de apreciar las cuestiones económicas: la obra del Dr. Anglasell. He aprovechado esta ocasion para tributar un débil elogio, aunque á alguna distancia, á la tendencia filosófica determinada en esta escuela por el eminente jurisconsulto á quien una muerte prematura privó de darle su completa fisonomía, el Dr. D. Ramon Martí de Eixalá. He aprovechado esta ocasion para manifes-

tar, juzgando por el mio solo vuestro mejor corazon, los sentimientos que nos animan.

Quisiera haberla podido aprovechar para interesaros á todos, ilustres médicos, dignos farmacéuticos, distinguidos naturalistas y matemáticos, queridos filósofos y literatos, en una comparacion de toda la ciencia, que es el lazo principal de nuestra simpatía.

Aceptad al menos el buen deseo de aunar en este como en todos los actos de nuestra vida universitaria, nuestros pensamientos y nuestros corazones para dar un pensamiento y un corazon comun al gran Cuerpo que formamos, que no puede dejar de ser grande contando con vuestras fuerzas. Cuando la asociacion verifica en nuestros dias esos portentos modernos, ¿qué no hay que esperar de la antigua y científica de que formamos parte, de la insigne Universidad de Barcelona?

He dicho.